



Figurones de la sociedad madrileña

Fisionomía de EL PRADO Y LA SOCIEDAD MADRILEÑA EN 1825.

Entonces era yo pollo: pero pollo á la manera de entonces, como lo era tambien la sociedad española. No habia esta gallada aun tan alto como la ha hecho despues, merced al desarrollo de las ideas agitadas y sulfúreas de este siglo del vapor que atravesamos. Los niños se contentaban con ser niños, comer golosinas, comprar alequyas, hacer jugarretas al dómimo, y aprender bien ó mal á Nebrija al compás de la palmota y de la cola. Los manebos imberbes eran enamorados y bailarines, esperaban á las modistas á la salida del tal'er para acompañarlas y comprarlas flores, y por la noche asistían á las academias de baile de Belluzzi ó de Besuquillo para ponerse al corriente de la nueva cortesía de la Gabota, ó del último solo del rigo-on. El sastre Ortet, el zapatero Galan, el peluquero Falconi, y el

sombrerero Leza, cuidaban de apropiarse á sus juveniles personas los preceptos inapelables de los figurines parisienses, los carricks de cinco cuellos, las levitas polonesas de cordonadura y pieles, los pantalones plegados, los fraks de faldon largo y mangas de jamen, los sombreros cónicos, las corbatas metálicas y cumplidas, y los cuellos de la camisa en punta agudísima, las botas á la bombé ó á la farolé, y el cabello levantado y recortado á la inglesa. Dichosos tiempos en que no se habian inventado aun las barbas prolongadas, ni el bigote retorcido ó se habian dejado como patrimonio á los militares y capuchinos!—El gaba nivelador y socialista y la negra corbata no habian aun confundido como despues todas las clases, todas las edades, todas las condiciones: el capote de mangas y el rus, eran patrimonio de los hombres entrados en años; la capa con embozos escarlata y cordonadura de oro, á la Almaviva, envolvía airosamente la persona de los jóvenes elegantes; la cumplida casaca, el chaleco, calzon y media negra, corbata, pechera y guante blanco, representaban la edad procvecta, la

alta posicion, el severo carácter del funcionario ó padre de familias; el pantalon ajustado de punto blanco y la bota de campana, los colores varios y pronunciados del frac, tales como azul de Prusia, verde pistacho, gris claro; los chalecos pintorescos con botonadura de filigrana, los dijes y baratijas en cadenas y sellos, y finalmente el hiperbólico y complicado nudo de la corbata, eran los distintivos de la inofensiva y alegre polleria de tres á cuatro lustros.

El vestido y adorno de las damas, era tambien estremado, aunque si ha de decirse la verdad, carecia del gusto y variedad que ha adquirido despues. El talle alto por lo general, deslucia los cuerpos, y quitaba gracia y flexibilidad al movimiento; las dulletas ó citoyennes de seda entreteladas, y guarnecidas de pieles ó cordonadura, tenian sin embargo cierto aspecto magestuoso y solemne; los spencers junquillos ó rosas, lucian bien sobre un vestido de punto de seda ceñido al cuerpo; el peinado alto, los bucles huecos y la peineta de concha ó de pederrias, daban á la cabeza cierto carácter monumental; y sobre todo el traje de maja andaluza que consistia en basquiña y cuerpo de alepin morado, y guarnecido por bajo, y en las bocamangas y en los hombros con sendos golpes de cordonadura y abalorios, la mantilla blanca y cruzada al pecho, y zapato y toquilla de color de rosa, era realmente un traje espresivo y fascinador, propio esclusivamente de la gracia y donosura del tipo español.—No estaba este aun desnacionalizado en nuestro Prado de entonces por el horrible manton cachemir, ni por las capas, albornoces, manteletas, gabanes y eusaveks; por las botas atacadas ni por las capotas y sombreros que despues han venido á borrar completamente en nuestras damas la fisionomia propias del pais; y si bien por la ausencia de todas estas adiciones, abrigos é hiperboles, solian adolecer algun tanto las reuniones de cierta monotonia y seriedad, por lo menos pesábase en ellas á punto fijo el quilate y valor de cada persona, medianse á una simple ojeada sus ventajas ó desventajas naturales, su proporcion y dimensiones; no habia que hacer para ello abstraccion alguna de miriñaques y almidones, armaduras y postizos, prendidos y gasas; ni que adivinar las formas verdaderas á vueltas de quince varas de tela, y del complicado follage de volantes, cintas y guarniciones. Tampoco era necesario buscar las facciones picantes de nuestras madrileñas á la sombra de una historiada capota de gasa ó de un prosaico sombrero de terciopelo.—Aquella espontánea originalidad de nuestro Prado sobre los paseos estrangeros, tenia, pues, su algo particular, y marchaba de acuerdo con la sociedad tambien original de aquellas calendas.

Esta sociedad, asistada á la usanza de entonces, es lo que representa el grabado que acompaña á este artículo, y está fielmente trasladado de un dibujo contemporáneo. La verdad del conjunto, y la minuciosidad de los detalles, declaran la conciencia del autor, cualquiera que fuese, de este dibujo; pues no solo se limitó á pintar la vista del salon del Prado, y los trages de los paseantes, si no que (si no nos engaña la tradicion ó la memoria) quiso representar y representó en efecto entre los concurrentes á varias de las notabilidades de ambos sexos que por entonces brillaban en salones y paseos; y mas de un curioso, al estender su vista por esos animados grupos, creará reconocer entre ellos las facciones y apostura de un cumplido caballero y célebre marqués, á quien Madrid debió mas adelante altos y distinguidos servicios; las de un grande de España, justamente famoso, que ha representado los primeros papeles en la política, en la diplomacia y en las letras; las de un periodista afamado y amable literato que por entonces formaba las delicias de nuestro teatro y de nuestra sociedad; las de una graciosa y elegante jóven por quien suspiraban á la sazón las tres cuartas partes de los pollos de Madrid; las de un tenor italiano que enloquecía con su figura, su canto y modales, á todas las muchachas disponibles y á muchas que no lo eran; y las de otras notabilidades, en fin, que por entonces encerraba en sus muros la heroica capital.—A decir verdad el pincel del autor anduvo un tanto escaso en la exposicion de figuras femeniles, ó se consideró poco á propósito para trasladar á su pincel las bellisimas facciones de algunos ástros de aquel brillante cielo. Si esto no fuera, ¿cómo hubiera prescindido de ofrecer en primer término el magestuoso continente y bella fisionomia de la que entonces era conocida por la reina de las hermosas, y aun hoy mismo descuella entre las mayores por su gracia y gentileza? Como olvidar á aquellas dos hijas de un elevado diplomático, que en los suntuosos salones de Paris dejaron tan altamente colocada la fama de la belleza española? Ni aquellas otras tres hermanas tambien hijas de un grande de España, que eran el retrato vivo de las Gracias de la mitología, y en cuyo album escribia el correto poeta D. Ventura de la Vega (entonces pollo tambien) esta ingeniosa décima en alusion al juicio de París:

«Las tres diosas segun creo que la poma contendian, tan hermosas no serian como las tres que aquí veo:

- (1) La Marquesa de Sant-Juan
- (2) La Duquesa de Frías
- (3) La Marquesa de Casa-Rica
- (4) La Duquesa de Alba
- (5) La Marquesa de... (partially obscured)
- (6) La Marquesa de... (partially obscured)
- (7) La Marquesa de... (partially obscured)
- (8) La Marquesa de... (partially obscured)

con su difícil empleo pudo al fin París cumplir; mas si hubiere de elegir entre tan lindas hermanas, á no tener tres manzanas no pudiera decidir.»

La mejor hora, la hora propia y mas brillante del paseo del Prado, era entonces de una á tres en el invierno, en aquel momento en que bañado completamente por el vivo sol de Madrid dejaba ostentar á los concurrentes las gracias de la persona ó los primores de su atavío. Comiase entonces indefectiblemente á las tres, y por lo tanto no podia prolongarse el paseo matutino mas de aquel par de horas, pero en ellas el espectáculo que ofrecia el hermoso salon era magnifico y fascinador. Las pieles y bordados, los terciopelos y encages, los diamantes y pederrias, que ahora parecerian exageraciones de mal tono, y fuera de su lugar en un paseo público, eran entonces requisitos indispensables, obligados adornos de la escogida y brillante sociedad que frecuentaba el Prado á tales horas; y mezclados con los lucidos uniformes de los guardias de Corps y de infantería, que por entonces no se reservaban esclusivamente para los actos del servicio, antes bien gustaban de ostentar sus colores, galones y bordados entre los grupos de las bellas aficionadas: hasta los reposados y vetustos equipajes en que á impulsos de dos modestas mulas dejaban conducir por el paseo de la izquierda sus encumbradas personas los altos funcionarios y sublimados magnates; y los mismos silenciosos grupos de ancianos respetables, consejeros, y religiosos que en pausado movimiento se veian deslizar por el lado de S. Fermin, todo ello, en fin, constituia un espectáculo tan original y característico de la época, que de ninguna manera podria adivinarse por el que presenta hoy este mismo Prado y esta misma sociedad.

Aquella, como digimos arriba, era á la sazón pollo tambien.—Todavía no habia sido agitada por las revoluciones políticas sino muy superficial y pasajeramente; todavía no habia sentido apenas el movimiento de la vida pública, las osadas aspiraciones al poder, el frenesí del manto, y el menosprecio de la autoridad; las encoradas discusiones, las asociaciones turbulentas, los pronunciamientos y complots le estaban prohibidos; parecia de prensa periódica, de tribuna y de plaza pública. Tampoco habia visto introducido aun el llamado romanticismo en la literatura, el vapor y el gas en las ciencias y en las artes, y el sabor estranero en las leyes, en los usos, y en el idioma vulgar.

Los jóvenes lechuguinos, elegantes ó tónicos, como entonces eran apellidados, y que representaban la parte mas tierna de aquella sociedad, no habian podido figurar en los anteriores acontecimientos del pais que fueron el germen de su nueva organizacion; no habian viajado ni aprendido en el estranero principios ni modales; no tenian ambiciones políticas, ni tampoco pujos literarios; habian frecuentado pro forma las aulas de los PP. Escolapios, de S. Isidro ó de Santo Tomás, el Seminario de nobles, ó el Colegio de cadetes, para seguir por sus pasos contados una carrera que les permitiese enadelante abrir un bufete, entrar en una oficina, ó ceñir la espada y marchar á servir al rey. A ninguno le pasaba por las mientes el mas mínimo asomo de impaciencia ambiciosa, ni era tampoco posible improvisarse en el mundo á los veinte ó pocos mas años bajo el aspecto de hombre de importancia, de politico consumado, de periodista audaz, de fogoso tribuno, de distinguido literato; ni tomar por asalto las grandes posiciones de la diplomacia, de la magistratura y de la administracion.—Contentos y satisfechos con su afortunada edad juvenil, dejaban involuntaria y graciosamente aquellas ambiciones, aquellos puestos, aquellos cuidados á sus padres y abuelos; y entretanto, á vueltas de los indispensables y respectivos estudios de la lógica ó de las matemáticas, de la ordenanza ó la partida doble, entregaban las horas de vagar á los devaneos de la edad, al cultivo de las modas, al alegre estudio de la música y del baile, al primor del Prado, y al alhago de los amores de balcón ó de las tertulias de confianza.

Estas (no decoradas aun con el exótico nombre de soireés) no ofrecian, es verdad, el magnifico y deslumbrador aparato que posteriormente han presentado á nuestros sentidos en elegantes salones suntuosamente decorados y alumbrados; ni brindaban como estos á la brillante y numerosa concurrencia los vivos goces de un bullicioso baile, de un brillante concierto, de un animado festin.—Limitábase, pues, por lo general, á la reunion de media docena de familias conocidas, cuyos individuos, de diversos sexos, edades y condiciones, se agrupaban y estendian en sabrosas pláticas, en tiernos coloquios; ya en derredor del antiguo y prosaico brasero en el invierno, ya delante de los balcones y miradores en verano; ó bien en torno de una ancha y prolongada mesa improvisaban una modesta partida de lotería; ó en movibles y animados grupos armaban alegre zambra en sencillos juegos de prendas, que si ahora parecen pueriles ó incompetentes á

Vale





V. P. 1848

Ayuntamiento de Madrid

*Suplemento a la Revista de Madrid*